

Lucas 11:5-13

San Lucas 11:5-13 Rogate 1974

“—¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: “Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje y no tengo qué ofrecerle”; y aquel, respondiendo desde adentro, le dice: “No me molestes; la puerta ya está cerrada y mis niños están conmigo en cama. No puedo levantarme y dártelos”? Os digo que, si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite. Por eso os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá, porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. »¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide pescado, en lugar de pescado le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Luke 11:5–13)

Esta mañana en la escuela dominical los niños aprendieron algo sobre la oración. Estudiaban el significado del Padrenuestro, para qué cosas oramos, por qué debemos orar. Algunos resumen la vida cristiana como la vida de la oración. Pero, ¿Se caracteriza nuestra vida por la oración? Estaba leyendo un libro esta semana, y el autor del libro preguntó a sus lectores, "Si Dios hubiera quitado de la Biblia toda referencia a la oración, ¿cómo hubieran cambiado nuestras vidas? Es una buena pregunta. Al leerla tenía que confesar, No tanto. Que no he orado como debo. Y que probablemente todos nosotros necesitamos oír otra vez la promesa y estímulo de Cristo en nuestro texto: PEDID, Y SE OS DARÁ. Cristo nos enseña en estas dos parábolas la manera de pedir, y qué respuesta esperar de nuestras oraciones.

Primero la manera de pedir. Vemos que la primera cosa es que debemos pedir en toda necesidad. En la parábola leemos: "Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo que ponerle delante". En esta parábola vemos a uno que tenía una necesidad inesperada. Un amigo había llegado de camino, y las costumbres sociales de la hospitalidad le obligaron a recibir a este huésped con comida. Pero había un problema. No tenía nada en la casa para darle.

¿Qué hacer? Tenía a un amigo que ordinariamente le daría todo lo que necesitaba por amistad. Sabía que él tenía pan. Pero, ¿estaría bien molestarlo ahora? Fue la medianoche. Tendría que ser muy buen amigo para que pudiera ir en tal hora con una petición tan pequeña, por tres piezas de pan.

Al fin su necesidad venció, y a pesar de la hora, decidió ir y pedir los panes de su amigo. Pero él, siendo humano, no quería ser molestado en aquella hora. Estaba en su cama, y todos sus hijos también, y sería muy difícil cumplir esta pequeña petición. "Y aquel, respondiendo de adentro, le dice: No me molestes; la puerta está cerrada, y mis niños están conmigo en cama, no puedo levantarme y dártelos".

Pero podemos oír el necesitado. "Pero lo necesito. Un amigo ha venido y está cansado y trae hambre. ¿Qué voy a decirle? Ayúdame por favor. Ábreme. Préstamelos.

Sabiendo que su amigo tenía lo que necesitaba, y confiado en su habilidad para ayudar, continuaba importunadamente pidiéndole el préstamo. Y lo recibió. "Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite".

¿Qué podemos aprender sobre la oración de esta parábola?

Primero, vemos que en caso de que llegaran necesidades debemos pedir ayuda. Pero muchas veces nos parece que nuestras necesidades no son suficientemente importantes y que así no debemos molestar a Dios, o que el tiempo no es conveniente para ir a Dios en la oración.

Pero, vimos que un hombre iría a su amigo por no más tres panes a medianoche, y esperar recibirlo. Si hacemos esto con los hombres, ¿no debemos hacer lo mismo con un Dios que por causa del perdón en Jesucristo siempre está con nosotros y ha prometido oír nuestras oraciones que hacemos en el nombre de Cristo, confiando que por causa de su sacrificio en nuestro lugar seremos oídos?

A nuestro parecer, muchas veces las puertas del cielo parecen cerradas, como si Dios no nos escuchara cuando no le conviene. Pero si un hombre, por nuestra importunidad y audacia, nos da lo que pedimos, ciertamente nuestro verdadero amigo Dios que siempre cuida a sus hijos en la tierra, lo hará.

Cristo nos asegura que no oramos a un ser impersonal, una fuerza abstracta que no tiene nada que ver con las cosas de esta vida, sino a un ser personal que está interesado en cada uno de nosotros. Promete: "Y yo os digo: Pedid, y se os dará; Buscad, y hallaréis; llamad y se os abrirá".

Si tenemos necesidad, ¿qué debemos hacer? Pedir. Pedir porque hay alguien que responde a nuestras oraciones. Buscar, porque sabemos con toda seguridad que si buscamos nuestras necesidades de nuestro Padre celestial, él las tiene para darnos. Y llamar, o tocar la puerta, porque, a pesar de las apariencias muchas veces, está adentro y puede oírnos.

Y en su amor, ¿qué hará? Dar y abrir, y nosotros hallamos todo para satisfacer toda necesidad. Jesús nos da estímulo para confiar en esto, pedir sin dudar que lo recibiremos. Pedir en toda necesidad, todo el tiempo. "Orad sin cesar".

Dios dará respuesta a todas nuestras oraciones. ¿Pero qué significa cuando no parece que nos esté escuchando, o cuando no recibimos exactamente lo que pedimos? ¿Qué respuesta debemos esperar a nuestras oraciones?

Hemos visto que el hombre que pidió ayuda, lo pidió por su necesidad. Necesitaba el pan. Y dijo Cristo que "aunque no se levante por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite". Quizás no todo lo que tiene, pero todo lo que necesite. Debemos esperar de Dios todo lo que necesitamos. Pedid, y se os dará.

Pero también hay límites en lo que recibimos de Dios. Si es una cosa buena o de beneficio para nosotros, Dios nos lo dará. "¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? O si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Pues si vosotros siendo malos sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, cuanto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden".

Dios nos da las cosas buenas. Un padre humano, y no hay ninguno de ellos que sea perfecto, siempre da ordinariamente las cosas buenas a su hijo. Si nosotros, siendo malos en muchas cosas, damos cosas buenas, cuanto más nuestro perfecto Padre celestial. Si pedimos una cosa que es buena para nosotros, es seguro que nos lo dará.

Lo hace porque es nuestro Padre. No es el Padre de todos, pero sí es nuestro verdadero Padre. Es el Padre de todos los que en la fe aceptan ser adoptados como Hijos de Dios, confiando que Cristo en su muerte perdonó todos sus pecados. Si nuestros pecados son perdonados, no hay ningún impedimento entre nosotros y Dios. La comunión perfecta entre el hombre y Dios para la que Dios creó el hombre se restablece. Y podemos ir a Dios como hijos amados a su amoroso padre. No con miedo o duda, sino con toda confianza. Los padres terrenales aman a sus hijos, aunque imperfectamente. Nuestro Padre celestial nos ama perfectamente. Así oramos: Padre nuestro que estás en los cielos. Si pedimos algo definitivamente bueno, como la ayuda del Espíritu Santo, se nos dará. Notamos que es una bendición espiritual. Si pedimos una cosa necesaria espiritual, no debemos tener la más mínima duda de recibirla. Si pedimos el regalo de la fe, el perdón de los pecados, poder para resistir las tentaciones, que nos guarde fieles hasta la muerte, ya sabemos la voluntad de Dios en estas cosas. Dice en su Palabra que quiere darnos estas bendiciones, y lo hará.

Pero especialmente en cosas materiales somos como los niños que ven un cuchillo en manos de su padre, y se lo piden. No saben el peligro, pero el padre que ama a su niño sí sabe, y ningún padre amoroso daría tal cosa a su niño. Así es con nuestro Padre celestial. Nosotros no sabemos qué resultará finalmente si recibimos cierta cosa. Pero el Padre celestial que sabe todas las cosas, sabe esto también. Y si recibir una cosa en fin nos haría daño, en su amor no puede darnos esa cosa. Muy pocas veces somos tan sabios como el escritor de los Proverbios que dice: "No me des pobreza ni riquezas, mantenme del pan necesario; no sea que me sacie y te niegue y diga ¿Quién es Jehová? O que, siendo pobre, hurte, y blasfeme el nombre de mi Dios".

Todos, creo, estamos listos muchas veces a pedir no ser pobres, pero no ser ricos por el peligro de olvidar a Dios y confiar en las riquezas, muchas veces olvidamos esto. ¿Pero qué comparación hay entre las riquezas de la vida eterna, y el dinero, oro, e influencia y poder en esta tierra? Si es bueno para nosotros tener riquezas, si las usáramos a la gloria de Dios, también se nos dará eso. Pero si nos causaría caer en la jactancia e incredulidad y así perder el verdadero tesoro de la salvación, ¿realmente lo querríamos? Así en cosas materiales sobre las cuales no tenemos una palabra definitiva de Dios, decimos en nuestras oraciones:

Si tú quieres, Oh Dios. Sabemos que él nos quiere y que "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿Como no nos dará con él todas las cosas?"

Así todo lo que Dios nos permite pasar, o que nos da, o que en su sabiduría y amor niegue darnos, nos ayudará a bien. "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados".

Tenemos a un Padre, un Padre que nos ama. Así "Pedid y se os dará", todo lo necesario. Nos provee abundantemente de su bondad, y hasta en su amor nos protege de nuestras oraciones imperfectas. Llamad, y por seguro la puerta se les abrirá. Amén.